

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

Trabajo final de grado - Monografía  
**“El lugar de la angustia en los procesos de  
subjetivación adolescentes del contexto actual”**

**Estudiante:** Joaquín Sosa Aispuro

CI: 4.996.253-8

**Docente tutora:** Silvana Contino

**Docente revisora:** Mercedes Couso

**Montevideo, Febrero 2020**

### **Agradecimientos:**

A mi tutora, por el tiempo y el apoyo, a mi terapeuta por la ayuda y el acompañamiento en este proceso, y a mi familia por hacer todo esto posible.

## Índice

<b>Resumen.....</b>	<b>pág. 3</b>
<b>Introducción:.....</b>	<b>pág. 4</b>
<b>Procesos de subjetivación adolescente.....</b>	<b>pág. 5</b>
<b>Momento sociocultural actual.....</b>	<b>pág. 12</b>
<b>Expresiones de la angustia en la subjetividad adolescente actual.....</b>	<b>pág. 18</b>
<b>Consideraciones finales.....</b>	<b>pág. 24</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>pág 27</b>

## Resumen

Se desarrollará en este trabajo el concepto de adolescencia teniendo en cuenta varios autores, como un sujeto que luego de la pubertad y ser significado por la sociedad como un adolescente, se abre hacia el mundo exogámico, con una licencia otorgada por ésta que le permite experimentar roles, prepararse académicamente y buscar su lugar en el mundo.

Se verá cómo se desarrollan estos procesos en una sociedad que ha perdido la capacidad para contener a sus integrantes, con instituciones debilitadas y avasallada por un mercado mundial. Se estudiará la angustia que de estos procesos se desprende, así como la forma en que se manifiesta, constituyendo las conductas de riesgo las principales formas de expresión de la angustia adolescente en la sociedad actual.

**Palabras clave: Procesos de subjetivación adolescente, Contexto actual, Angustia, Conductas de riesgo.**

## Introducción

El presente trabajo de carácter monográfico pretende hacer una indagación bibliográfica sobre cómo se desarrollan los procesos de subjetivación adolescente en el contexto actual, el lugar que tiene la angustia en ellos y como es tramitada.

Para ello se tiene en cuenta que no se puede hablar de una adolescencia, como un proceso universal vivido por todos los sujetos de la misma manera, si no más bien que cada sujeto la transita de forma diferente dependiendo de su ubicación temporal, de su género, clase social, etc. Sin embargo se puede hablar de rasgos particulares que los asemejan, rasgos que en muchos casos, son el producto de la época en la se vivie.

Como expresa Guy Debord citado en Bauman (2002), "Los Hombres se parecen más a su época que a sus padres" (p 138) o como diría Viñar (2012), en concordancia con Bajtin "...no hay adolescencia fuera de su cronotopo..." ( p2)..para entender cómo se construye la subjetividad adolescente de hoy es necesario caracterizar la época actual. Con este propósito se analizará desde la perspectiva de varios autores, algunas de las características de nuestra era, los grandes quiebres entre modernidad y postmodernidad, la modernidad líquida de Bauman y la hipermodernidad de Lipovetsky, .

El objetivo del presente trabajo, será indagar de qué manera se desarrollan los procesos de subjetivación adolescente dentro de estos contextos. Se revisará distintos autores clásicos del psicoanálisis acerca de ¿qué es adolescencia? ¿dónde empieza y dónde termina?,

y si bien la angustia está incluida en estos procesos, ¿cuáles son los recursos que les brinda la época para lidiar con ella? ¿Cuales son sus principales formas o de qué manera se manifiesta?

## Procesos de subjetivación adolescente

Cuando se habla de adolescencia aparece siempre a discusión si esta es una etapa del desarrollo del individuo o si esta es un constructo social. Se tiende a definir la adolescencia como sinónimo o que por lo menos tiene su comienzo en la pubertad, sin embargo hay discusiones con respecto a esto. La Unicef (2011) define a la adolescencia como la segunda década de la vida, comprendida entre los 11 y 19 años sin embargo, reconoce las complicaciones de darle al concepto de adolescencia una definición. Definirla por el inicio de la pubertad se torna impreciso, ya que algunas niñas por ejemplo pueden tener su primera menstruación o estar maduras sexualmente a los 8 años, otras a los 14 (varios años después de que en la escuela o la sociedad ya se le empezó a reconocer y tratar como adolescente). Depende también, del contexto social en los que algunos casos ni siquiera existe una adolescencia propiamente dicha (ya sea por el caso de matrimonio temprano en algunas sociedades o la obligación de trabajar para sustentar sus gastos).”Una de sus características más peculiares es que la condición adolescente debe ser reformulada en función, y a la vez en contra, de las pautas socioculturales dominantes” (Cao, 1997, § Introducción, 9) Con respecto a esto es que Viñar (2009), define adolescencia como un constructo cultural cuyo alcance y resonancia no para de modificarse en subordinación a las transformaciones aceleradas de la cultura, recomienda no hablar de adolescencia como una unidad, sino hablar de adolescencias, ya que cada individuo vive esta etapa de manera diferente según su pertenencia de género, orientación sexual, clase social, lugar donde viven, historia personal, etc.

Di Segni (2002) por su parte, refiere que el término adolescencia como etapa intermedia entre la adultez y la niñez es de orden reciente, mientras que Cao (1997), propone que anteriormente a las sociedades industriales la adolescencia no existía y que ésta surgió como reemplazo de los ancestrales ritos de iniciación en los cuales el niño por medio de una iniciación ritual pasaba a ser un adulto responsable de cumplir las reglas y exigencias de su comunidad. En la medida en que tanto a niños como jóvenes se les fueron reconociendo sus derechos y comenzaron a ser objeto de muestra de afecto se les concedió una moratoria que les permitía estudiar y formarse antes de cumplir con la obligación de retribuir a sus padres. En una sociedad industrial en donde hay un efecto de ruptura entre los órdenes sociales y laborales marcados por el feudalismo, queda implantado un nuevo código y contrato social donde se hace necesario prepararse e instruirse “para ocupar los nuevos puestos laborales dentro del reluciente aparato productivo creado por la primera revolución tecnológica a escala masiva de la historia” (Cao,

1997, § 1. 16) . Este periodo permitió la aparición de una etapa intermedia entre la adultez y la niñez, la adolescencia, en los sectores medios urbanos. Según Cao (1997), la ética liberal del “self made man” y los medios de comunicación tuvieron una gran importancia en la formación de la adolescencia tal y como la entendemos hoy en día, por un lado la primera acentuando el “criterio de que cada individuo debe de definir sus criterios y vocaciones en función de la multiplicidad de valores e ideales que circulan por su urdimbre sociocultural” (1997, § 1. 20) que al contrario que una organización social rígidamente definida la cual brinda ideales homogéneos tanto para adolescentes como para sus iguales y adultos, permitió el surgimiento de un imaginario social, imaginario adolescente, al cual pertenecen sujetos que se están formando, que buscan una identidad, “que no tienen otra definición más clara y precisa que la de estar indefinidos” (Cao, 1997, § 1. 18). Por otro lado los medios de comunicación mediante formas artísticas como el cine o la música dieron a la adolescencia un lugar discriminado donde encontrar referentes para sustentar su pertenencia a este grupo etario y una identidad. Tal es el caso de la película “Rebelde sin causa” la cual según Monteagudo (1995), citado en Cao (1997) inventó la adolescencia.

Dentro del Psicoanálisis Freud (1895) da vital importancia a la irrupción de la sexualidad que se da en la pubertad. En el Proyecto de Psicología, dentro de sus estudios sobre la histeria, Freud (1895), afirma que por un mecanismo de posterioridad o nachtraglich se le da un significado sexual a vivencias que anteriormente no lo tenían, constituyendo en trauma por posterioridad. Esto es explicado por Freud (1895) en el caso Emma, una chica de 12 años que huyó de la tienda a la que había ido luego de ver a dos de los tenderos reírse entre sí, atribuyendo que estos se reían de su vestido y que a uno de ellos le había gustado sexualmente. Luego de esto Emma, no puede ir sola a la tienda, solo se siente segura de ir si es acompañada por alguien, así su acompañante sea un niño. Durante el análisis se constata que siendo una niña de 8 años, fue a la tienda de un pastelero a comprar golosinas, el cual luego de una risotada le pellizcó los genitales a través del vestido.

En este caso la vivencia del pastelero adquiere un carácter sexual luego de la pubertad, el cual en anterioridad no poseía. “...se da el caso de que un recuerdo despierta un afecto que como vivencia no había despertado, `porque entretanto la pubertad ha posibilitado otra comprensión de lo recordado” (p 403)

Constata que toda persona adolescente lleva “el germen de la histeria” ya que “tiene huellas mnémicas que solo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias” (p 404).

Luego de que desarrolla su teoría sobre la sexualidad infantil, Freud (1917) propone que es en la pubertad donde todas las pulsiones parciales de la infancia se subordinan bajo el primado de los genitales. Durante ésta es cuando las pulsiones sexuales empiezan a pujar por primera vez con toda su fuerza, los objetos familiares e incestuosos son retomados e investidos de nuevo libidinosamente ( p 306) volviendo a despertar el complejo de Edipo

En la pubertad se despliegan procesos afectivos muy intensos que siguen el mismo rumbo del complejo de Edipo o se alinean en una reacción frente a él. No obstante y por el hecho de sus premisas, se han vuelto insoportables, esos procesos tienen que permanecer en buena parte alejados de la conciencia. Desde esta época en adelante el individuo humano tiene que consagrarse a la gran tarea de desasirse de sus padres solamente tras esa suelta puede dejar de ser un niño para convertirse en miembro de la comunidad social. Para el hijo la tarea consiste en desasirse de la madre, sus deseos libidinosos a fin de emplearlos en un objeto de amor ajeno, real, y en reconciliarse con su padre si siguió siéndole hostil o liberarse de su presión si se le sometió como reacción a su sublevación infantil.(Freud, 1917, p 307)

El adolescente según Freud (1917), luego de la pubertad y la vuelta del complejo de Edipo debe ser capaz de independizarse, renunciar al amor incestuoso para poder poner su libido en un objeto de amor ajeno a él, además de reconciliarse con su padre o liberarse su yugo. Establece esto un desarrollo normal o sano del individuo, caso contrario el del neurótico, el cual “pasa toda su vida sometido a la autoridad de su padre y no está en condiciones de transferir su libido a un objeto ajeno” (p 307)

Vemos por tanto que en Freud la adolescencia está definida por dos aspectos fundamentales, uno es la irrupción, desarrollo y maduración de la sexualidad adulta y por otra parte un carácter social donde el individuo abandona el mundo endogámico para convertirse en miembro de la comunidad social. Este último aspecto es esencial en la teoría de Winnicott (1965) que si bien tiene en cuenta las fases del desarrollo sexual en el proceso de maduración del individuo, el desarrollo psicosocial es fundamental en su teoría. Winnicott (1965) se refiere al proceso de maduración como un recorrido de la dependencia absoluta a la independencia o lo que para él es lo mismo de la inmadurez a la madurez. Este proceso de maduración se refiere a una “evolución del yo y su personalidad, incluye la teoría del id, de los instintos y sus vicisitudes, así como las defensas en el ego en relación con el instinto”



(p 101). Propone que “en la salud o normalidad (términos que son casi sinónimos de madurez) el adulto es capaz de identificarse con la sociedad sin tener que sacrificar excesivamente su espontaneidad personal” (p 100). El adulto debe ser capaz de atender a sus propias necesidades personales sin que por ello sea un antisocial y además sin dejar de aceptar cierta responsabilidad con respecto al mantenimiento o la modificación de la sociedad tal como se le presenta. Se encuentra inserto en determinadas condiciones sociales las que constituyen un legado que ha de aceptar y si es necesario alterar, siendo esto a la vez lo que entregará a las generaciones venideras.

La adolescencia equivale a convertirse en adulto y es una de las fases de todo crecimiento sano. Dentro de esta se inscriben la pubertad y también la socialización del individuo, entendiendo en este contexto la palabra socialización no como adaptación ni conformidad, sino el convertirse en un adulto maduro “...el hecho entraña que este individuo sea capaz de identificarse con las figuras paternas y con algún aspecto de la sociedad sin que por ello deba hacer un sacrificio excesivo de su impulso personal.” (p 297)

Es en la adolescencia donde comienza el camino hacia la independencia, el niño comienza a identificarse con la sociedad y se van insertando en diferentes círculos sociales

...los adolescentes van pasando de un grupo social a otro, ensanchando constantemente el círculo, abarcando sin interrupción los fenómenos nuevos y cada vez más extraños que la sociedad va colocando en su camino...” (Winnicott, 1965, p 110)

Winnicott (1965), señala la vital importancia de los padres en esta etapa, vigilando a sus hijos adolescentes mientras van explorando un círculo social tras otro, pasando de un círculo limitado a un círculo social ilimitado, debido a la presencia de elementos sociales peligrosos o a la propia actitud desafiante de la pubertad y el rápido desarrollo de la capacidad sexual.

La adolescencia encuentra su fin cuando el sujeto encuentra su lugar en la sociedad ya sea a través del trabajo, contrayendo matrimonio o estableciendo un patrón de vida “que represente un compromiso entre la emulación de los padres y el desafío a los mismos mediante la instauración de una identidad personal...” (p 110). Concordando con este último punto Viñar (2009), explícita que el referente de un mandato social (el cual podía estar implícito o explícito) corresponde a la autonomía económica, un techo propio y el matrimonio marcaban un cierre en los procesos adolescentes. Sin embargo, en las sociedades actuales los referentes culturales que marcan el cierre de esta etapa son poco claros, teniendo como consecuencia una adolescentización de la tercera etapa de la vida alargando este periodo indefinidamente.

Otro autor que define la adolescencia desde lo social es Erikson (1963), quien en su lectura parece concordar en gran medida con la visión que tiene Winnicott (1965) sobre esta. Le da a la adolescencia un carácter sumamente social, la pubertad está enmarcada dentro de esta pero realmente no la define. La caracteriza como la última etapa de la infancia, cumpliéndose su proceso cuando “el individuo subordinado sus identificaciones infantiles a un nuevo tipo de identificación al asimilar la sociabilidad y al mismo tiempo el aprendizaje competitivo con sus compañeros de su misma edad” ( p 12). En este momento el joven se ve obligado a realizar elecciones que lo irán llevando a una definición de sí mismo y de sus compromisos de vida.

La sociedad concede al individuo un periodo de tiempo entre la niñez y la adultez, para que el joven pueda resolver estas cuestiones, tiempo que puede variar según el individuo o la sociedad. Así como al niño se le había concedido una moratoria psicosexual, al adolescente se le concede una moratoria “psicosocial”, tiempo instituido por la sociedad que permite la formación de una identidad interna.

En este periodo si bien el individuo es sexualmente maduro, “está más o menos retardado en su capacidad psicosexual para la intimidad y en su aptitud psicosexual para ser padre” (Erikson, 1963, p 13). La moratoria psicosocial le da al individuo un tiempo libre para experimentar roles y encontrar su lugar dentro de la sociedad, “ubicación que está claramente delineada y que, sin embargo, parece estar hecha únicamente para él” (Erikson, 1963, p 13).

Cuando logra esto el adolescente se convierte en adulto, adquiriendo un

sólido sentido de su continuidad interna y de su identidad social que unirá lo que él fue de niño, y lo que está por llegar a ser, y reconciliará su concepto de sí mismo y el reconocimiento que la comunidad hace de él(Erikson, 1963, p 13)

Es de vital importancia para los procesos adolescentes que éste sea reconocido por los que lo rodean, “que encuentre respuesta y que se le de función y estado como persona cuya transformación y cuyo crecimiento gradual tiene sentido para aquellos que empiezan a tener sentido para él” (Erikson, 1963, p 13). Esto brinda un sostén al Yo adolescente, reforzando sus defensas contra la creciente intensidad de impulsos, contando con un aparato genital maduro y un sistema muscular poderoso. En palabras de Winnicott:

el niño de cuatro años, inmerso en las angustias del complejo de Edipo, sueña con la muerte de su padre, pero el mismo individuo, a los catorce años dispone de la facultad de matar, el suicidio es posible a esa edad. Las drogas no son imposibles de conseguir. La niña que a los cuatro años se

identificaba con su madre, y envidiaba su facultad de concebir, soñando con ladrones o con la muerte de su madre, ahora a los catorce puede quedar embarazada ella misma, u ofrecer su cuerpo por dinero (Winnicott, 1965, p 298)

Cao (2013) resalta la importancia del vínculo con pares y adultos extra-familiares en esta etapa, en donde se da una profunda reestructuración tanto identitaria como en la forma de relacionamiento con el mundo. Estos “oficiarán como modelos, rivales, objetos y auxiliares en su desesperada búsqueda de un lugar en la tan deseada y tan temida cultura adulta” (p.3)

La adolescencia llega a su fin cuando la suma de identificaciones infantiles pierden vigencia, son rechazadas y se subliman a una nueva configuración, dando génesis a la identidad, además depende del reconocimiento que la sociedad le brinde al individuo como “alguien que tenía que llegar a lo que es, y que siendo lo que es, se lo da por aceptado” (Erikson, 1963, p 15), es decir que, este haya cumplido con los requerimientos sociales para ser reconocido como un adulto. La comunidad reconoce al individuo y a la vez, esta se siente reconocida por el esfuerzo del joven de tratar de ser reconocido. El fin de la adolescencia se da por una profunda crisis de identidad. Según Viñar (2009), es en el seno de la crisis del final de la etapa adolescente en donde surgirá un proyecto de vida, una identidad y un estilo propio; proceso que presupone múltiples reformulaciones, éxitos y fracasos y que nunca terminará de completarse a lo largo de toda la vida.

La adolescencia entonces presentada como una etapa en donde la sexualidad irrumpe dando significado a vivencias pasadas, los impulsos generan crisis, el complejo de Edipo reflota pero esta vez, en un cuerpo capaz de competir con sus rivales edípicos. A la vez, con un yo al cual estas ideas le resultan insoportables por lo cual se hace necesario abrirse hacia el mundo exogámico.

La adolescencia se torna una etapa en donde tanto el sujeto como la sociedad trabajan en conjunto en la creación y búsqueda de un lugar en el mundo. La sociedad debe brindar al joven un tiempo para que este resuelva sus crisis, experimente y se forme, y éste a su vez, trabaja para poder insertarse de manera satisfactoria en esta y en el mundo adulto.

Tanto Winnicott (1965) como Erikson (1963) resaltan el papel fundamental que juega esta interacción entre sociedad y adolescente, ésta le brinda recursos los cuales debe aceptar y a la vez encuentra el deber de transmitirlos o modificarlos para hacer de estos algo mejor. A esto se le llama “procesos de subjetivación” en los que si bien hay una subjetividad

instituida, el sujeto tiene la posibilidad de “dejar sus propias marcas en los dispositivos de subjetividad que lo instituyen, o sea en lo social” (Klein, 2006, p 45). El sujeto es siempre otra cosa de lo que se espera de él ,esa alteración o pasaje de lo previsible a lo imprevisible es llamada subjetivación, operación capaz de intervenir sobre la subjetividad y el lazo social instituidos.

### **Momento sociocultural actual**

Las sociedades posindustriales están caracterizadas según Lipovetsky (1986), por lo que se llama un proceso de personalización, en el que el sujeto se deshace de toda carga que impida una realización auténtica de su personalidad, tal como la tradición o la moral institucionalizada. Las grandes certezas ideológicas se difuminan y nacen un sin fin de singularidades subjetivas.

Klein (2006), distinguiendo varias fases dentro del capitalismo resalta dos en particular, una fase Keynesiana en la cual se consolida el campo de las políticas sociales, la ciudadanía y una promesa que asegura un porvenir y un proyecto social e individual de bienestar. Y una fase neoliberal, en la cual el estado pasa a un segundo plano, teniendo el mercado su papel hegemónico “se verifica un desregulamiento y mundialización de los flujos capitalistas, especulación financiera, debilitamiento del Estado-nación, suspensión de los derechos laborales y sociales conquistados” (p 67). El debilitamiento del Estado hace que pierda su poder legitimador, dador de sentido y vigilante de las instituciones, perdiendo estas últimas su papel como productoras de subjetividad. Las instituciones de la modernidad sólida si bien configuraban una relación violenta con el sujeto y constituían una forma expresa de poder cristalizado, a la vez, no dejaban de ser entes estructurantes que constituían espacios psíquicos comunes. “El lazo social moderno estaba basado en la ficción del ciudadano, en la ficción de las naciones, en la historia como donadora de la identidad, en la representación como dispositivo de funcionamiento y fundamentalmente basado en la idea de progreso” (p 34)

La postmodernidad representa el momento histórico concreto en el que todas las trabas institucionales que obstaculizan la emancipación individual se resquebrajan y desaparecen, dando lugar a la manifestación de deseos personales, la realización individual, la autoestima. Las grandes estructuras socializadoras pierden su autoridad, las grandes ideologías dejan de ser vehículos, los proyectos históricos ya no movilizan, el campo social ya no es más que la prolongación de la esfera privada: ha llegado la era del vacío, pero sin tragedia ni apocalipsis. (Lipovetsky, 2006, p 23)

Acompañando este proceso se encuentra un capitalismo que diversifica su oferta, adaptándose a la necesidad del nuevo sujeto de acumular experiencias que le permitan descubrir su verdadero Yo. La sociedad posmoderna está caracterizada por una tendencia a “reducir las relaciones autoritarias y dirigistas y simultáneamente, a acrecentar las opciones privadas, a privilegiar la diversidad, a ofrecer fórmulas de programas independientes” (Lipovetsky, 1986, pág 19).

El modelo disciplinar característico de las sociedades industriales se ve reemplazado por la seducción, la cual incentiva la libre elección, se enfoca en los deseos del individuo, mediante el proceso de personalización diversifica la oferta para que se decida más. Prima la heterogeneidad sobre la homogeneidad y el hedonismo sobre la austeridad

Ante la desestructuración de los controles sociales, los individuos, en el contexto postdisciplinario, pueden elegir entre aceptarlo y no aceptarlo, entre dominarse y desmandarse. El mejor ejemplo de esto lo tenemos en la alimentación. Cuando ya han desaparecido las obligaciones sociales y sobre todo las religiosas (ayunos, abstinencias, etc), aparecen comportamientos individuales responsables (vigilancia del peso, información sobre la salud, gimnasia)...(Lipovetsky, 2006, p 22)

.Según Bauman (2002), el capitalismo liviano permite la existencia de tantas autoridades que estas se llegan a anular entre sí, al punto de que una autoridad lo es gracias a cortesía de quien la elige, siendo quien elige el que tiene la única autoridad efectiva. “ Las autoridades ya no mandan, si no que intentan congraciarse con los electores por medio de la tentación y la seducción” (p70). Aquí los medios de comunicación toman un papel fundamental, consagrándose como los principales productores de subjetividad con el debilitamiento de las instituciones tales como la escuela o la familia. Ya no se trata del panóptico de Bentham en el que unos pocos vigilan a una mayoría, sino de una mayoría que observa a unos pocos mediante el espectáculo. La forma de imponer modelos culturales y normas sociales cambia, invirtiendo los roles de quienes observan y quienes son observados. Los medios no promueven una relación de poder de dominación ni de adhesión, sino de seducción.

La vida en estas sociedades está organizada en torno al rol de consumidor. Al contrario de las sociedades industriales en donde ésta estaba organizada en torno al rol de productor la cual estaba regulada normativamente, regida por la conformidad y la austeridad. La vida en torno al rol de consumidor “debe arreglárselas sin normas “está guiada por la seducción, por la aparición de deseos cada vez mayores y por los volátiles anhelos, y no por reglas normativas” (Bauman, 2002, p 82)

La hegemonía del mercado y el poder financiero internacional vacía de sentido el ejercicio del derecho de los ciudadanos, la elección mediante el voto de un candidato que se convertirá en un administrador más que un político, poco puede variar el rumbo prefijado por la política global dictada por los grandes centros internacionales del poder financiero que poco tienen en cuenta las soberanías nacionales. El ciudadano desalentado de la posibilidad de ser actor de un proyecto de cambio en asociación con los demás, pasa a tener en cuenta solo sus propios intereses. “Las connotaciones en el imaginario social de

esta desactivación del interés por una alianza vinculante con el otro generan una polaridad que oscila entre la indiferencia y el temor al semejante” (Cao, 1997, § 3. 28). El mensaje que parece dar la nueva era es el de que hay que ocuparse de uno mismo, no confiar en nadie, el futuro está anclado y el otro se encuentra ubicado en el lugar de sospechoso.

Surge un nuevo tipo de individualismo, el individualismo narcisista. “Designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con el mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo” (Lipovetsky, 1986, p 50).

Según Bauman (2002), este tipo de individualismo transforma la identidad humana de algo dado a una tarea de la cual el individuo es responsable, así como de sus posibles consecuencias, es decir, si este no consigue trabajo o enferma es su culpa por no haber aplicado las técnicas precisas o no haber sido lo suficientemente empeñoso.

El individuo narcisista debe ser completamente autosuficiente y contenerse a sí mismo. Las relaciones humanas se ven desgastadas, el único consuelo que puede encontrarse en el otro es que este sufre los mismos padecimientos que él mismo, y el único consejo es de como sobrevivir en una irremediable soledad en un mundo lleno de peligros que deben ser enfrentados y combatidos en soledad.

La incertidumbre actual es una poderosa fuente individualizadora. El empleo de la mano de obra se ha vuelto precario y transitorio, despojado de toda perspectiva de firmeza, la proyección o la inversión a largo plazo se vuelven impensables en un contexto de tal inestabilidad. El capital se ha vuelto liviano y extraterritorial, adquiriendo una capacidad de movilidad que amenaza a los agentes locales de su posible fuga, obligándolos a acceder a sus demandas ante las posibilidades de que este corte sus compromisos locales y se vaya a otra parte. Al contrario que el llamado capitalismo pesado que intenta conservar la mano de obra, forzándola a permanecer en su puesto, cumplir horarios y programas de rendimiento, el programa gerencial del capitalismo liviano es el de que el trabajador esté de paso por la empresa, volviéndose un empleo episódico y transitorio. “como no es posible saber quien despertara mañana en que facción, el concepto de "interés común" se vuelve cada vez más nebuloso y pierde todo valor pragmático.” (Bauman, 2002, p 158). Sacrificar el interés individual en pos de un interés común y fortalecer el poder grupal parece no ser una propuesta atractiva ni sensata.

El trabajo precarizado y despojado de su valor ennobecedor que le era adjudicado en la modernidad sólida, “ya no ofrece huso en el cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida. Tampoco puede ser pensado como fundamento ético de la sociedad, ni como eje ético de la vida individual.” (Bauman, 2002, p 149). Esta precarización

resulta en una sensación de vulnerabilidad, inseguridad, material y profesional, “miedo a la devaluación de los títulos, a las actividades no especializadas, a la degradación degradación social” (Lipovetsky, 2006, p 74). Dentro del mundo adulto existe un miedo a perder su lugar dentro del universo del trabajo, mientras que los más jóvenes temen nunca encontrar un lugar dentro de este. La empresa en función de integradora de los jóvenes al acceso laboral, incrementando el nivel de calificación exigida, “desvaloriza una fuerza de trabajo incluso antes de que haya entrado en servicio” (Klein, 2006, p 103). Por este motivo los jóvenes se muestran desde muy temprano intranquilos a la hora de elegir sus estudios y ante las posibles salidas laborales que tendrán a partir de estos, tendiendo a volcarse hacia formaciones largas, carreras con títulos que suelen considerarse como un seguro contra el porvenir. Con respecto a esto Klein (2006), habla de una anti-moratoria, en la que los “adolescentes no tienen ya ni derechos ni obligaciones (figura del excluido social) o están sobrecargados de obligaciones dentro de una estructura de “simulacro” de promesa social (figura del hiperadaptado)” (p 75), con la característica de que parece que haga lo que se haga nunca es suficiente, incentivando sentimientos de culpa, de vergüenza, incomodidad e inadecuación entre la población joven.

El tiempo es vivido como una preocupación fundamental generando una contradicción subjetiva de cómo este debe ser vivido, si se debe disfrutar de los placeres o priorizar la salud y la forma física, si se debe tener hijos o enfocarse en la actividad profesional.

La ausencia o inseguridad de una perspectiva a largo plazo concentra todo en el presente, volviéndose la gratificación instantánea la estrategia más razonable y toda oportunidad que no se aprovecha en el momento, una oportunidad desperdiciada. El futuro que se presenta como amenazador e incierto, hace que el sujeto se retire sobre el presente, al que no cesa de proteger y reciclar en una eterna juventud. A la vez, el pasado, se devalúa por la “avidez de abandonar las tradiciones y territorialidades arcaicas e instituir una sociedad sin anclajes ni opacidades” (Lipovetsky, 1986, p 51)

El reino del presente sobre el futuro y el pasado provoca una pérdida de la continuidad histórica y la erosión de un sentimiento de pertenencia a una sucesión de generaciones que se enraizan en el pasado y se proyectan en el futuro.

Eric Hobsbawm citado en Viñar (2009), define como rasgo característico de la época que las generaciones actuales no suelen preocuparse por el pasado, la herencia y la tradición, que antaño constituían modelos o contramodelos, modelos a imitar o por el contrario atacar proveyendo combustible para el conflicto intergeneracional que “le daba al crecimiento y a la crisis adolescente el carácter de un combate épico y heroico” (Viñar, 2009, p. 41)



a lo largo de toda la historia humana, la tarea de la cultura fue extraer y sedimentar duras semillas de perpetuidad a partir de las transitorias vidas y las fugaces acciones de los humanos, conjurar la duración a partir de la transitoriedad, la continuidad a partir de la discontinuidad, y trascender así los límites impuestos por la mortalidad humana poniendo a hombres y mujeres mortales al servicio del la inmortal especie humana (Bauman, 2002, p 135)

Es a esto a lo que Lipovetsky (1986), llama “la era del vacío” a la retirada y descrédito de un conjunto de códigos, valores e ideales que a lo largo de generaciones estructuraron los intercambios sociales, impulsando una liberación que “en apariencia desembocaría en una especie de vale todo. Sin embargo, esta devaluación inexorablemente condujo a su simétrico opuesto del nada vale con la consecuente irrupción de sensaciones de vacío acompañadas por un concomitante monto de angustia.” (Cao, 1997, § 3, 33). Bleichmar (2005), llama a esta ausencia de un proyecto trascendente Malestar sobrante, ya que frente a la ausencia de los grandes proyectos acaecida por las mutaciones históricas que se han dado en la época, despojan al sujeto de la garantía futura de que en algún momento futuro el malestar contenido en cada época cesará y que en función de ello se alcanzará la felicidad.

La incertidumbre invade también los vínculos humanos, los cuales se vuelven precarios, siguiendo la lógica del mundo laboral y económico se vuelven “contratos temporarios y transitorios por definición, por decisión y por el costo pragmático de su impacto y por lo tanto, propensos a ser rotos unilateralmente y evitar el precio de intentar salvarlos” (Bauman, 2002, p 173) o a “ser visualizados y tratados como objetos a ser consumidos, no producidos; sujetos a los mismos criterios de evaluación de todos los demás objetos de consumo” (Bauman, 2002, p 173).

Los individuos aspiran cada vez más a un desapego emocional. Dado a la inestabilidad de los propios vínculos humanos. Mantener vínculos sin demasiado compromiso y ser independiente afectivamente es la meta del individuo narcisista.

Las relaciones familiares cambian también en este periodo. Según Klein (2006), el debilitamiento de las instituciones, dentro de las cuales se encuentra incluida la familia, significó la pérdida de respaldo de significado de las figuras parentales. Viñar (2009), por su parte señala que la familia que constituyó la unidad o institución básica de la sociedad occidental durante milenios ha sufrido grandes cambios. “La secuencia matrimonio, sexualidad, procreación que la tradición judeo-cristiana sacralizaban hace rato que no rige y las relaciones libres y divorcios son de sobre manera habituales” (p. 53). El debilitamiento

de la autoridad paterna y la reivindicación de igualdad de poderes así como la salida al mundo laboral de la mujer, significaron profundos cambios en las relaciones conyugales y parentales. Gil (2002), señala que lo que antaño solía llamarse en psicoanálisis “función materna” y función “paterna” es cumplida por ambos progenitores y no se le es adjudicado como de carácter femenino o masculino exclusivamente a cualquiera de esas dos funciones, pasando a ser llamadas “función narcisista” y “función de corte” por varios grupos de psicoanalistas.

Dentro de la familia los niños ocupan un lugar ambiguo, por un lado como ideal del gozo perdido de sus padres pero también como “inversión en el mercado de futuros” (Araujo, 2012, parr 24). Es decir que por un lado se satisfacen todos sus deseos y necesidades como plantea Di Segni (2002), apelando a un psicoanálisis mal interpretado según el cual para no traumatizar a los niños se debe satisfacer todos sus deseos y demandas, en una educación enormemente permisiva (lo cual según la autora puede resultar en niños consumistas, sin límites impuestos y sin capacidad para tolerar la frustración o la posposición de la satisfacción de sus deseos). Por otro lado, se le estimula al máximo para desarrollar desde muy temprano el potencial que “deberá garantizar una buena colocación en la tensa disputa del mercado de trabajo” (Araujo, 2012, parr 24)

Por su parte Klein (2006), resalta el papel de “hijo mesiánico” que frente al agobio de sus padres frente a una realidad social que los supera se convierte en su único objeto narcisístico así como su cuidador, intentando que estos no caigan en estados de depresión o desborde, convirtiéndose en el depositario de sus angustias. “La construcción de subjetividad se consolida en torno a la expectativa ansiosa, la inseguridad prevalente y la dificultad de consolidar un self cohesivo y discriminado del de sus padres”. (p 96)

## **Expresiones de la angustia en la subjetividad adolescente actual**

La angustia es definida por Freud (1926), como un estado afectivo displacentero que surge como reacción frente a una situación de peligro y con acciones de descarga. La angustia es un afecto entendido este como “reproducciones de acontecimientos antiguos de importancia vital y eventualmente preindividuales comparables a los ataques histéricos, universales, típicos e innatos” (Laplanche, 1996, p.12).

Freud (1926), reconoce dos posibilidades de surgimiento de la angustia. Por un lado una angustia automática según la cual las descargas que se dan durante su desarrollo podrían haber tenido en algún momento un carácter adaptativo cuando aparecieron por primera vez frente a la situación de peligro, aparecen esta vez como una respuesta desacorde con el fin en la nueva vivencia. Y por otro lado una angustia señal de carácter adaptativo, producida por el Yo que señala y previene de un posible peligro.

El factor determinante de la angustia automática es una situación traumática, y esta es esencialmente una vivencia de desamparo del Yo frente a una gran acumulación de excitación, de origen interno o externo, que este no fue capaz de tramitar. La angustia señal se presenta como la respuesta del Yo frente a la amenaza de que esa situación traumática vuelva a repetirse.

La angustia tiene un fuerte vínculo con la expectativa, se la tiene frente a algo. “lleva adherido un carácter de indeterminación y ausencia de objeto; y hasta el uso lingüístico correcto le cambia el nombre cuando ha hallado un objeto, sustituyéndolo por el miedo”.(Freud, 1926, p. 154). Frente a la expectativa se activa la señal de angustia, es decir que se tiene la expectativa de la posibilidad de que en la situación presente se repita una vivencia traumática o se de una vivencia de desvalimiento.

Además de su vínculo con la expectativa, la angustia está vinculada a la neurosis, diferenciándose una angustia realista, frente a un peligro real y del que tomamos noticia, y una angustia neurótica la cual es sentida frente a un peligro del cual no se tiene noticia, aunque según Freud (1926) puede ser descubierto mediante el análisis, teniendo por lo general un origen pulsional, es decir que la pulsión es vivida por el sujeto como amenazante. Cuando esta es llevada a la conciencia se trata como una angustia realista. Frente a el peligro realista se desarrollan dos respuestas: la afectiva (el estallido de la angustia) y la acción protectora.

Segun Freud (1926) la vivencia de peligro contiene su núcleo en la apreciación de

“nuestras fuerzas en comparación con su magnitud, la admisión de nuestro desvalimiento frente a el, desvalimiento material en el caso del peligro realista, y psíquico en el del peligro pulsional.” (p 155). La situación de desvalimiento encuentra su origen en la vivencia del recién nacido de sentirse incapaz de emprender una acción coordinada y eficaz. En esta teoría de la angustia, el desamparo se convierte en el prototipo de la situación traumática y para sustraerse de esta el sujeto precisa imperiosamente de un otro que pueda rescatar a ese cuerpo del abismal desborde traumatizante. En un primer momento, la primera vivencia de peligro es en el nacimiento y es de carácter económico, ya que se da por un exceso de estímulos y un incremento de la excitación, en ese momento la madre satisface sus necesidades calmando dicha tensión. “el contenido del peligro se desplaza de la situación económica a su condición, pérdida de objeto” (p 130). La angustia en este momento es la pérdida de ese objeto nutricional, que puede aliviar la tensión de las necesidades. La segunda es en la angustia de castración. La angustia de perder los genitales remite a una pérdida de objeto: perder el pene es quedar separado de la madre ya que no podrá unirse con ella en el coito. “Implica quedar expuesto de nuevo, sin valimiento alguno, a una tensión displacentera de la necesidad”.(p 131). La tercera mudanza es de angustia de castración a la angustia moral o sea ante el superyó. Todas estas situaciones de peligro y condiciones de angustia pueden pervivir lado a lado, y mover al Yo a cierta reacción de angustia aún en épocas posteriores de la vida del sujeto en la en que aquéllas habrían sido adecuadas; o varias de ellas pueden ejercer simultáneamente una acción eficaz.

De acuerdo con el desarrollo de la serie angustia-peligro-desvalimiento (trauma), podemos resumir: La situación de peligro es la situación de desvalimiento discernida, recordada, esperada. La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro. El yo, que ha vivenciado pasivamente el trauma, repite {wiederholen} ahora de manera activa una reproducción {Reproduktion} morigerada de este, con la esperanza de poder guiar de manera autónoma su curso.(Freud, 1926, p 156)

El psicoanálisis a través de el relato del sujeto, según Viñar (2009), era capaz de encontrar la raíz distante del síntoma provocado por la angustia y el sufrimiento psíquico en el despliegue del relato, sus bordes, sus grietas, y en sus silencios reconociendo “camino asociativos inéditos que nos llevan por senderos inesperados a lugares remotos distantes del lugar manifiesto del síntoma”(p. 74). Sin embargo en la época actual después de diversos cambios culturales la forma expresa de la angustia en un síntoma que se genera como respuesta del yo frente un conflicto intrapsíquico y que es desplegada o significada por el paciente en un relato se sustituye por una acción puramente de descarga, por el

pasaje al acto o un decir evacuativo. “Hay un aplanamiento o una inconsistencia del aparato psíquico para albergar la ansiedad en el espacio mental, y esta se desborda o se derrama en el mundo externo (actuación) o en el cuerpo” (p. 75)

Según Viñar (2009) al contrario que en épocas pasadas en la que el padecimiento era expresado por sus pacientes adolescentes mediante un relato de sí mismos, en la época actual la angustia no se explica tanto como un conflicto psíquico interno sino como en actuaciones auto y heteroagresivas. Se expresa en crisis de pánico, trastornos alimenticios, conductas adictivas, conductas hostiles o de riesgo para sí mismos o los demás. “El padecimiento no es sufrido sino actuado, no hay espesor interior o mirada reflejada sobre el sí mismo para interrogar las causas o fuentes del padecimiento”.( p 28).

Le Breton (2003) expresa que las conductas de riesgo responden a un sufrimiento de una búsqueda de ser. Son un pedido de socorro a las personas significativas del entorno del adolescente que pueden calmar la angustia del desamparo.

Las conductas de riesgo, lejos de ser conductas parasuicidas son un intento doloroso del joven de insertarse en el mundo, demuestran una dificultad de ser. Se tornan caminos semiclandestinos de formación de una identidad enfrentándose a límites individuales y sociales. Constituyen una especie de ordalía, en la que se enfrenta a la muerte para saber si la vida vale la pena ser vivida.

Con la caída de las grandes ideologías, el debilitamiento tanto de las instituciones como del Estado y el auge del neoliberalismo y la “existencia a la carta” los adolescentes han quedado huérfanos y carentes de referentes. Esa moratoria de la que hablaba Erikson (1963) y una sociedad que trabajaba en conjunto con este para lograr una inserción exitosa ya no están vigentes. Klein (2006) señala que frente a una sociedad que más que albergar desampara se da una pseudo moratoria o anti-moratoria en la que el joven se prepara (o directamente no se prepara, abandonándose al goce y la satisfacción inmediata) para un futuro amenazador, haciéndose el pasaje por diferentes experiencias etarias realmente difícil

la dificultad en el pasaje hacia la edad adulta se ve acentuada por la confusión de los referentes de sentido y de valores que caracteriza a nuestras sociedades contemporáneas esta supervaloración de lo incierto sobre lo probable que impide a menudo poder proyectarse en un futuro previsible y feliz (Le Breton, 2003, p 26)

Los adultos por su parte rechazan su papel generacional negando su propio envejecimiento y apegándose a su deseo de ser eternamente jóvenes. Muchas veces estos fallan en su

papel de iniciadores sociales renunciando a "brindarle al niño un marco simbólico. Para construirse como sujeto el interdicto es esencial, aunque sea para oponerse a él o transgredirlos" (Le Breton, 2003, p 16). Di Segni (2002) habla de adultos que nunca quisieron dejar de ser adolescentes construyendo una subcultura en la cual la adolescencia es prácticamente divinizada, criándose sus hijos en un entorno en el que si bien se alivia el exceso de represión característico de épocas anteriores, se tornan ausentes de toda clase de límites. Las conductas de riesgo demuestran en algunos casos una especie de sentimiento de omnipotencia por parte del adolescente en el que se pueden enfrentar a cualquier cosa sintiéndose prácticamente indestructibles, así como una búsqueda de sus propios límites."La autoridad del pater familias ha perimido y los jóvenes ya no enfrentan al airado adversario sino al demagogo o prescindente, que prefiere huir antes que fijar límites y trastabilla sin poder discernir entre el principio de autoridad y autoritarismo" (Viñar, 2009, p 35) .Con respecto a esto Bleichmar (2005) expresa que el malestar sobrante se nota particularmente en el hecho de que los niños han dejado de ser los depositarios de los sueños fallidos de los adultos, como aquellos que lograrían mejorar la situación de sus predecesores. La única propuesta que reciben los niños de sus predecesores es la de hacerse con herramientas que le garanticen una sobrevivencia en un futuro que se avizora aún más amenazador que el presente. Bleichmar (2005) propone que los adultos se encuentran en un proceso de "desidentificación" según el cual para no caer de la cadena productiva deben renunciar a quienes son,

La reducción de quienes se ven lanzados al mercado laboral a la inmediatez en la búsqueda de trabajo o a la conservación del mismo, atrapados en el sostenimiento de lo insatisfactorio y, paradójicamente, con el temor a perderlo, ni los hermanos mayores ni los padres de los adolescentes se ven hoy provistos de herramientas para propiciar modelos que les den garantías futuras. La temporalidad ha quedado subsumida en esta inmediatez, y en ese marco el desmantelamiento de las propuestas identificatorias cobra una relevancia mayor" (p. 48)

El discurso de los adultos se desplaza hacia un plano autoconservativo inmediato según el cual temen que sus hijos "anden por la calle porque les pueden robar o matar, o porque pueden matarse con una moto o un coche o porque pueden quedar librados a situaciones impensadas de desprotección extrema"(p. 49) y autoconservativo mediato, planteándosele a estos que "todo sentido de su vida actual está regido por la necesidad de no caer de la cadena productiva en el futuro: que se diviertan lo que puedan, pero que al mismo tiempo se garanticen que sobrevivirán económicamente" (p. 49).

Los jóvenes ya no encuentran en los valores y referentes de los adultos un lugar sobre el cual construir su identidad o reconocerse en una genealogía. Dentro de esta crisis de la falta de referentes aunque los adolescentes son más libres a la hora de proyectar quienes quieren ser, se exige al sujeto “un mayor trabajo en el parto de su singularidad, que cuando fracasa produce las patologías que están en auge y que tienen como común denominador el sobreinvertimiento de una actualidad candente sin despliegue diacrónico hacia el pasado y el proyecto” (Viñar, 2009, p 52). Las conductas de riesgo aparecen como una expresión del desamparo frente a un sentimiento de no asignación “Al faltar la construcción del sentimiento de pertenencia se comprometen en una lucha cuerpo a cuerpo, frenética y violenta. Búsqueda de excitación sensual y sensorial para calmar la angustia” (Le Breton, 2003, p 10),

El joven al no encontrar en su casa una base que oriente su existencia, un sentimiento de que posee lugar en el mundo, o una certeza de que su existencia tiene valor, busca en otra parte de forma desorganizada y difícil. Arraigándose las conductas de riesgo en un vaciamiento del ser y un sufrimiento difuso.

Más que formas inhábiles de suicidio, las conductas de riesgo nacen de un sentimiento de no ser comprendido ni estimado por el entorno. El deseo de morir no es la causa reinante, sino un decir con el cuerpo la imposibilidad provisoria de existir. Le Breton (2003) habla de conductas corporicidas, que más que el deseo de muerte, denotan un deseo de no estar, de desaparecer, de no estar en su propio cuerpo. Ya no cuenta nada el gusto por la vida, la indiferencia hacia uno mismo hace que el joven se “exponga a un peligro que ya no es percibido como tal debido al hastío” (p. 36)

El joven se siente incómodo consigo mismo y con su existencia. Le Breton (2003) expresa que los trastornos narcisistas dominan esta población predominando “sentimientos de insignificancia, de vacío, de no existir en la mirada de los otros. El camino ya no está señalizado por significantes y valores” (p 36). Las conductas de riesgo conforman un debate durante el cual se buscan pautas entre viejos referentes y los que se anuncian. Lo hacen de manera brutal sin encontrar un tejido signifiante entre él y el mundo

Debido a la brutalidad de lo que está viviendo, el sujeto sometido a la ordalía provoca al grupo, produce una emoción dolorosa, estrecha los lazos a su alrededor mediante los cuidados y atención que entonces se le brinda. Luego todo depende de la actitud que asuman frente a él aquellos que le importan afectivamente. Si permanecen indiferentes, la reincidencia es brutal o bien la conducta de riesgo se transforma en adicción. Por el contrario si, reaccionan con sentimiento, se involucran, demuestran su afecto, el intercambio renace sobre una nueva base y pueden diluirse algunos malentendidos.(Le Breton, 2003, p 42)

Las conductas de riesgo constituyen un rito de iniciación, ancestrales ritos de pasaje y proveedores de contenido simbólico, aunque de carácter individual, es decir que tiene importancia más que nada para el que lo realiza, no cambiando demasiado realmente su posición social. Aunque falla en su carácter de integrador social, el rito de pasaje de la conducta de riesgo otorga “la revelación de identidad, el cambio ontológico procurado con mayor o menor lucidez”. (Le Breton, 2003, p 44) además del nacimiento de un nuevo entusiasmo, “ una explosión de sentido con una eficacia simbólica que garantiza de manera provisoria o duradera un dominio más seguro de su propia existencia” (Le Breton, 2003, p 40)



## Consideraciones finales

Después de hacer el recorrido a lo largo de este trabajo, articulando varios de sus contenidos teóricos, tanto como pueden ser las diversas definiciones generales de adolescencia, la caracterización de la época actual y las formas en que se expresa la angustia y el sufrimiento dentro de esta era, se pueden sacar como conclusión que la adolescencia como etapa intermedia entre la niñez y la adultez si bien tiene un inicio que suele estar marcado por la llegada de la pubertad, tiene un marcado significado social. Cao (1997), dice que esta surge en nuestra sociedad como respuesta a la desaparición, o vaciamiento de significado de los ritos de iniciación los cuales marcaban un antes y un después en el sujeto, el cual pasaba de ser niño a convertirse en un adulto del cual se esperaba cumpliera con todas las obligaciones inherentes a su sociedad. La adolescencia nace como un tiempo concedido por la sociedad a los jóvenes para prepararse y experimentar, lo que les permitiría insertarse de manera eficaz en un mundo cada vez más exigente. La moratoria de la que habla Erikson (1963), le brinda al adolescente un periodo en el cual se postergan sus obligaciones como adulto para formar un proyecto de vida, que puede coincidir o no con el que es propuesto por sus predecesores. Caracterizaba a las sociedades modernas que las instituciones brindarían a sus descendientes tanto un proyecto como una identidad heredadas.

Estas instituciones tales como la familia, el Estado o la escuela eran los principales productores de subjetividad, creando de esta manera una sociedad de carácter homogéneo. Sin embargo tras el debilitamiento de las instituciones, y el auge del individualismo cada individuo es responsable de su construcción subjetiva, tomando de acuerdo a sus deseos, de la infinidad de modelos y proyectos que el mercado y los medios de comunicación le ofrecen. Estos se posicionan como los principales agentes productores de subjetividad, ofreciendo mediante la seducción modos de existencia que se ajusten a los deseos de cada individuo, a lo que Lipovetsky (1986) le llamó “existencia a la carta”.

La mentalidad liberal del “self made man”, del individuo que se construye a sí mismo, independiente y que no necesita de un otro sustituyen en el neoliberalismo a las relaciones solidarias del ciudadano que se une a otros en pos de conseguir un objetivo común. El empleo se vuelve precario, con poca perspectiva de ascenso a lo largo del tiempo dentro de una misma empresa, ya que se incentiva al trabajador a no permanecer en el mismo empleo durante demasiado tiempo, además de exigir de éste que se mantenga en permanente capacitación para seguir siendo competente dentro de la empresa. Esta mentalidad competitiva que el sujeto debe mantener dentro del mundo laboral para

mantenerse a bordo, mezclada con un individualismo narcisista que pretende ser autosuficiente, genera vínculos humanos laxos y ponen a el otro en categoría de sospechoso o posible enemigo.

El adolescente de hoy se encuentra dentro de este entorno, carente de referentes que le brinden un proyecto sobre el cual apuntalar el suyo propio. La moratoria más que un tiempo cedido al joven para diseñar un proyecto de vida, parece ser una forma de “tirar una colchoneta” para que la caída sea más suave. La propia adolescencia parece haber perdido significado como etapa, o por otra parte parece haberse extendido hacia el resto de la sociedad ya que todo el mundo parece no saber a dónde va, replicando el imaginario adolescente al cual como dice Cao (1997), “pertenecen sujetos que se están formando, que buscan una identidad, que no tienen otra definición más clara y precisa que la de estar indefinidos” (Cao, 1997, § 1. 18)

La adolescencia, en la que el Yo infantil se desmorona, se da una profunda reformulación psíquica, y que de por sí ya contiene un vaciamiento simbólico para reestructurarse como adulto, se enfrenta a un vacío de referentes que le indiquen un camino a seguir que sirva como punto de partida, ya sea para seguirlo o ir en dirección contraria, y a una infinidad de programas individuales ofrecidos por el mercado, que lo dejan vagando de un proyecto a otro a la deriva.

La angustia frente a este desamparo por parte de la sociedad hacia el adolescente es actuada a falta de un relato que la signifique. A falta de recursos simbólicos que permitan tramitar y dar un significado a esa angustia, es esta expresada en el mundo externo y en el propio cuerpo mediante las conductas de riesgo como forma de descarga. Esta forma de lidiar con el sufrimiento refleja el mundo en que el adolescente se desarrolla, como un expresión de la angustia frente a un futuro incierto que vuelca todo sobre el presente y que dicta que este debe ser aprovechado al máximo, no dejando un lugar para la reflexión o la contemplación que le de un significado a ese sufrimiento.

. Las conductas violentas, que agreden a los demás y a sí mismos, las adicciones, los trastornos alimenticios y las conductas temerarias se vuelven formas brutales de manejar la angustia. A pesar de que para la sociedad las conductas de riesgo constituyen únicamente conductas criminales o suicidas, son una expresión de la dificultad del poder ser, configurándose como una ordalía o un rito de iniciación que brinda contenido simbólico a quien lo realiza. Son un enfrentamiento con la muerte para ver si la vida vale la pena ser vivida, o un pedido de socorro al entorno próximo a que ayude a calmar esa angustia. Klein (2006) habla de una identificación con el agresor, en el que si la sociedad ve a el adolescente únicamente como un criminal, o un posible adicto, este se va a identificarse con

estos modelos prefiriendo tomar estas visiones, a directamente no estar representados y no tener un lugar dentro de la sociedad.

## **Bibliografía**

- Araujo, R. (2012) Reflexiones sobre la adolescencia y las funciones parentales en la realidad *contemporánea*. *Aperturas*. Recuperado de <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=749>
- Bauman, Z. (2002) *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina. Fondo de cultura económica
- Bleichmar, S. (2005) *La Subjetividad en riesgo*. Buenos Aires, Argentina. Topía
- Cao, M. (1997). *Planeta adolescente* . Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <http://www.marceloluiscao.com.ar/Blog%20Posts/version-digital.html>
- Cao, M. (2013) *Bordes y desbordes adolescentes*. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <http://www.sociedadescomplejas.org.ar/docs/CAO-Marcelo-Luis-Bordes-y-desbordes-adolescentes.pdf>
- Di Segni, S. (2002) *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*. Buenos Aires, Argentina. Centro de publicaciones educativas y material didáctico.
- Erikson, E. (1963). *El problema de la identidad del yo*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Literatura y psicoanálisis (5) (pp.267-338). Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/1960/16887247196305020304.pdf>
- Freud, S. (1895) *Proyecto de psicología*. En Obras completas, vol I (pp. 323-465) Buenos Aires, Argentina. Amorrortu
- Freud, S. (1917) *20ª conferencia. La vida sexual de los seres humanos*. En Obras completas vol XVI (pp. 277, 292). Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1926) *Inhibición, síntoma y angustia*. En obras completas vol XX (pp.83-162). Buenos Aires, Argentina. Amorrortu

Gil, D. y Nuñez, S. (2002) *¿Por qué me has abandonado?: El Psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*. Montevideo, Uruguay. Trilce.

Klein, A. (2006) *Adolescentes sin adolescencia Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Montevideo, Uruguay. Psicolibros.

Laplanche, J. y Pontalis, J. (1996) *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, España. Paidós.

Le Breton, D. (2003) *Adolescencia bajo riesgo. Cuerpo a cuerpo con el mundo*. Montevideo, Uruguay. Trilce.

Lipovetsky, G. (1986) *La era del vacío*. Barcelona, España. Anagrama.

Lipovetsky, G., Charles, S. (2006) *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona, España. Anagrama

Unicef (2011) *La adolescencia, una época de oportunidades*. Recuperado de:  
[https://www.unicef.org/spanish/sowc2011/pdfs/SOWC-2011-Executive-Summary\\_SP\\_01122011.pdf](https://www.unicef.org/spanish/sowc2011/pdfs/SOWC-2011-Executive-Summary_SP_01122011.pdf)

Viñar, M. (2009). *Mundos Adolescentes y Vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay. Trilce.

Viñar, M. (2012) *Adolescencias y el mundo actual*. Córdoba, Argentina. Recuperado de:  
<https://www.apuruguay.org/sites/default/files/M.Vi%C3%B1ar.%20Adolescencias%20y%20el%20Mundo%20Actual.pdf>

Winnicott, D. (1965) *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona, España. Laia